TARDE SEGUNDA.

—

LA FILOSOFIA DEL CIELO SEGUN LOS GALOS

NUESTROS ANTEPASADOS

La conversacion alrededor del dolman. Reivindicacion de la ciencia antigua de los Druidas. Teología astronómica de los Galos. Doctrina de la pluralidad de los mundos. Los círculos de la vida inmortal. Cantos de las bardos. Muerte y trasmigracion: las existencias en el Cielo. — Los Galos imprimieron su astronomía en sus monedas. Antiguas medallas de la Galia. Culto de la naturaleza y respeto á los astros. Antiguas monedas astronómicas de la China y de otros pueblos.

El *Historiador* fué uno de los que primero acudieron á la cita, colocando encima de la mesa rústica algunas notas que resumian sus eruditos trabajos, y aunque en nuestras reuniones tuviese que guardar la conversacion el carácter de simples y espontáneas improvisaciones, observamos, sin embargo, que habia preparado con todo esmero su tarea; y mientras esperábamos el momento en que se nos antojase empezar la conferencia, pensábamos que no poco se sorprenderian las sombras de los bardos al ver puesta en primera fila su ciencia entre los elementos de una Historia del Cielo. Discurriamos sobre la antigua institucion de los druidas, cuyas últimas huellas se encuentran todavía en la Bretaña francesa y

sobre todo en la Gran Bretaña; hablábamos unos con otros y cada cual segun su inspiracion del momento, como sucede en todas las conversaciones no ordenadas de antemano, y naturalmente incoherentes, cuando el historiador nos dijo, señalando con la mano una gran piedra negra, en figura de huevo, puesta sobre otras tres no menos colosales que ella, y formando casi un pequeño monte, casi al borde de la meseta, en lo alto del cabo:

—Este monumento druida, uno de los mas antiguos de la Galia, que todavía llaman hoy nuestros campesinos *la tumba de Oscar*, será, si os parece bien, el punto de nuestra reunion esta tarde. Cada cual puede llevar su silla—¡en el campo como en el campo!—Por mi parte reclamo el honor de sentarme sobre el mismo granito de una de esas tres piedras que sostienen el dolman.

La proposicion fué aceptada por unanimidad, y fuimos á colocarnos de comun acuerdo á unos cincuenta pasos del *châlet*, junto al vetusto dolman y contra el terraplen del faro; porque este antiguo dolman colocado allí desde hace muchos miles de años por nuestros antepasados, se halla hoy como empotrado en el vasto muro de tierra que rodea el ámbito de un pequeño observatorio de marina.

Apenas nos habiamos colocado, cuando el historiador abordó su asunto de esta manera:

—En verdad que no sé por qué la antigüedad clásica ha usurpado tan completamente á nuestra patria los mas bellos títulos de gloria. Merced á los soldados de César que conquistaron el suelo de las Galias, y merced á los soldados de Cristo que conquistaron las inteligencias, hemos olvidado nuestros orígenes. No doy yo ciertamente un valor exagerado ni un sentido militar á la palabra

patria; al contrario, abrigo la esperanza de que llegará un dia en que las patrias nacionales desaparecerán ante el sublime sentimiento de la fraternidad universal; un dia en que los pueblos cesarán de destruirse unos á otros al filo de la espada, como esclavos de la ambicion dinástica, y en que desaparecerán las guerras y los odios ante el sol de la humanidad.... Pero hasta que no exista mas que un solo pueblo en la tierra—lo que no tendrá nuestra generacion la dicha de ver—quiero reivindicar para nuestro hermoso país de Francia la grandeza que nuestros estudios universitarios atribuyen á Grecia y á Italia. En rededor nuestro se elevan todavía los venerables monumentos del culto astronómico de nuestros padres, la misma piedra en que estoy sentado en un antiguo dolman; las olas que mugen á mis piés acariciaron los sueños de las druidas y de las sacerdotisas del Gui; allá enfrente, en las islas de Jersey y Guernesey, en otro tiempo unidas al suelo de la Galia, laten todavía las huellas del mismo culto, y hasta en lo interior de la Bretaña, ha descubierto el espíritu estudioso textos sagrados de la ciencia de nuestros padres. Aprendamos, pues, á leer la Historia del Cielo en los anales de piedra y de bronce de nuestra antigua familia, y procuremos reconocer entre los restos de este glorioso pasado, la idea grande é inmortal que hacia palpitar el corazon de nuestros abuelos y los elevó á aquel grado de heroismo que sus mismos conquistadores envidiaron, pero no pudieron igualar.

Es indudable, diré yo con mi malogrado amigo Juan Reynaud, es indudable que hasta ahora no nos hemos honrado bastante con nuestros padres. No parece sino que ofuscados por el prestigio de la antigüedad hebrea y de la historia clásica griega y romana, nos hemos apresurado, como por una especie de vergüenza, á desha-

cernos por cualquier precio de la nuestra, cubriéndola con un velo. Cualquiera creeria, al leer á nuestros propios historiadores, que los druidas eran como unos salvajes, metidos como los animales feroces en las cavernas de sus bosques. Sanguinarios, embrutecidos, supersticiosos, no se ve de ellos mas que los sacrificios humanos, su culto de la encina y sus piedras puestas en alto, sin investigar si estos rasgos de que se escandaliza nuestro buen gusto, no fueron mas que legados de una época primitiva, en que al lado de las derruidas religiones del paganismo, habia permanecido siendo el druidismo su fiel continuador; y sin embargo, nuestros druidas merecen ocupar un puesto eminente en el órden del pensamiento.

Para los Galos, como para todos los pueblos primitivos, la astronomía y la religion estaban estrechamente enlazadas. Para ellos, más que para ningun otro pueblo, el alma era inmortal y los astros eran mundos sucesivamente habitados por las emigraciones de los espíritus. Para nuestros abuelos, la vida humana residia en los astros, lo mismo que en nuestro planeta, y esta imaginacion de la vida futura era la que constituia su fuerza y su grandeza. Toda idea de extincion de la vida la rechazaban, y preferian ver en los fenómenos de la muerte un viaje para otras regiones ya pobladas de amigos.

Es la misma doctrina que profesamos hoy, desde que hemos sabido rechazar el pretendido fin del mundo que debia cerrar los tiempos en el reino eterno de la inamovibilidad. Sentimos dentro de nosotros mismos una fuerza secreta, y advertimos que, no solo nada puede aniquilar el principio de nuestra existencia, sino que nada puede imponer la inactividad á esta fuerza, ni detener á nuestra alma en su incesante afán de alcanzar la perfeccion. El universo

material, lazo físico de los destinos de nuestros espíritus, lejos de estar destinado á desvanecerse un dia, está hecho para procurarnos para siempre mundos proporcionados á nuestras variaciones; de modo que, en definitiva, reconociendo que todo sér creado vive una vida verdadera y que todos los misterios de la muerte se reducen á un cambio de lugar, venimos á parar nosotros mismos hoy á la antigua cosmogonía de nuestros padres.

¿En qué forma se representaba la ciencia druídica, el Universo? Su contemplacion científica del Cielo es á la vez una contemplacion religiosa; de modo que nos es imposible separar en nuestra historia su cielo astronómico de su cielo religioso. Y además, ¿no es tambien referir «la Historia del Cielo» recoger al paso las ideas de la humanidad sobre ese cielo teológico, mas ondulante y menos sólido sin duda que el otro, pero que no puede ser real, sino fundándose en la verdad de la naturaleza?

En la teología astronómica ó en la astronomía teológica de los druidas, la totalidad de los séres se repartia en tres regiones. La principal de estas regiones, la de la inmensidad, *ceugant*, correspondiente á los atributos incomunicables, infinitos, no pertenecia mas que á Dios: era propiamente lo absoluto, y nadie tenia derecho á ella mas que el sér inefable. La segunda region, la de la felicidad, de la dicha sin fin, *gwyn-fyd*, reunia á los séres llegados á los grados mas altos de la existencia, y era el cielo. La tercera, la region de la peregrinacion, *abred*, comprendia todo el noviciado: allá, en el fondo del abismo, de los grandes océanos, como dice Taliesino, es de donde salia el primer suspiro del hombre. El objeto propuesto á su perseverancia y á su valor era llegar á lo que los Triades bárdicos llaman el momento de la libertad, verosímilmen-

te el momento en que habiéndose fortificado contra los asaltos de las pasiones inferiores, no corria ya riesgo de ser turbado, á pesar suyo, en sus aspiraciones celestiales, y llegado á este punto tan digno de toda alma ansiosa de poseerse á sí misma, dejaba por fin el Abred por el Gwyn-fyd, porque la hora de la recompensa habia llegado.

Demetrio, citado por Plutarco, cuenta que los druidas creian á estas almas escogidas, de tal manera unidas á su círculo ó region, que no podian salir de él sin romper su equilibrio. Refiere este escritor, que formando parte de la comitiva del emperador Claudio, en una de las islas de la Gran Bretaña, estalló de repente un espantoso huracán, y los sacerdotes, únicos habitantes de aquellas islas sagradas, explicaron en seguida el fenómeno, afirmando que acababa de formarse un gran vacío en la Tierra por haberse marchado algun alma importante: «Los grandes hombres mientras viven, decian, son como antorchas de luz bienhechora, y nunca hacen mal á nadie; pero cuando se apagan, su muerte levanta de ordinario, como lo acabais de ver, vientos, tempestades y trastornos.»

—Hé ahí una meteorología bien singular, dijo el capitan.

—Esta supersticion no carecia de cierta majestad, contestó el historiador, y nos recuerda aquella leyenda segun la cual el mundo quedó en la mas completa oscuridad al espirar el Cristo: es una imágen popular de lo que pesan las grandes almas en la balanza del Universo.

El sistema palingenesio de los Galos es completo: toma al sér en su orígen para conducirle á la última region celeste. En el momento de su creacion, como lo hace notar Enrique Martin en su comentario, no tiene conciencia de los dones que lleva en sí mismo en

estado latente; y es creado en el grado mas ínfimo de toda su vida, en *Annwfn* (*annoufen*), el abismo de las tinieblas, lo profundo de *Abred*. Allí, envuelto en la naturaleza, sometido á la necesidad, sube á oscuras los grados sucesivos de la materia inorgánica y despues organizada. Despiértase al fin su conciencia. Ya es hombre. «Tres cosas son primitivamente contemporáneas: el hombre, la libertad y la luz.» Antes del hombre no habia en la creacion mas que el fatalismo de las leyes físicas; con el hombre empieza la lucha de la libertad con la necesidad, del bien con el mal. El bien y el mal se presentan al hombre equilibrados, «y el hombre puede escoger en esa alternativa.»

Al pronto parecerá que es exagerar mucho las cosas atribuir á los druidas el conocimiento, no ciertamente del verdadero sistema del mundo, sino de la idea general que á él conduce. Sin embargo, examinada mas de cerca esta opinion, no deja de tomar cierta solidez. Si Pitágoras habia tomado de los druidas el fundamento de su teología, ¿cómo no haber tomado tambien de ellos el fundamento de su astronomía? Si no hay dificultad en que el principio de la subordinacion de la tierra haya podido salir de las meditaciones de un espíritu aislado, ¿por qué se le ha de encontrar en que haya nacido del seno de una corporacion de teólogos, imbuidos en las mismas creencias que aquel filósofo sobre la circulacion de la vida, y dedicada, con una asiduidad secular, al estudio de los fenómenos celestes?

Precisamente por no haberse podido mecer la Galia, como la Grecia, en los errores mitológicos, hubo de sentirse arrastrada á imaginar en el espacio otros mundos por el estilo del nuestro.

Este modo de ver, además de su valor intrínseco, está apoyado

por el testimonio de los historiadores. Un detalle singular, consignado por Hecateo, á propósito de los usos religiosos de la Gran Bretaña, se adapta de un modo notable á esta opinion. Cuenta el historiador que, vista la Luna desde aquella isla, parece mas grande que desde ninguna otra parte, llegándose á descubrir en su disco hasta montañas como en la Tierra. ¿Cómo habian llegado los druidas á hacer una observacion de esta clase? Importa poco que viesen ó que se figurasen ver los montes de la Luna; lo que aquí hace al caso es que ellos tuviesen la persuasion de que aquel astro tenia como la Tierra montes y una superficie parecida á la de nuestro planeta. Plutarco, en su tratado *De facie in orbe Lunæ*, nos dice que, segun los Galos, y conforme á una idea que se ha conservado mucho tiempo en la ciencia, la superficie de la Luna estaria llena de muchos Mediterráneos, que el filósofo compara al mar Caspio y al mar Rojo. Creíase tambien haber visto en ella grandes abismos, y principalmente dos que se creian en comunicacion con el hemisferio opuesto á la Tierra. Por último, se hacian de este país flotante, ideas totalmente diferentes de las que corrian entre los Griegos. «Su magnitud y su anchura, dice el viajero que el escritor pone en escena, no son las que dicen los geómetras, sino mucho mayores.»

Por este mismo autor, conforme, respecto á esto, con todos los bardos, sabemos tambien que esta tierra celeste era considerada por los teólogos de Occidente como la residencia de las almas bienaventuradas, que subian á ella á medida que su preparacion habia llegado á su término; pero siendo muchas las que, envueltas en el torbellino, llegaban hasta tocar á este astro y que el astro no recibia aún. «La Luna desecha á muchos y los arroja con sus

vaivenes en el momento que ya la tocan; pero los que son mas afortunados se establecen allí de una manera definitiva; su alma es como la llama, porque elevándose en el éter de la Luna, como se eleva el fuego por sí mismo sobre esta Tierra, reciben fuerza y solidez, lo mismo que el hierro candente cuando se le mete en el agua.»

—Ateniéndonos á este dato, dijo el pastor, la Luna habria sido como un paraíso intermedio, en el que las almas continuarian sin duda depurándose, y llegadas al conveniente grado de espiritualidad, saldrian de él por una segunda muerte, para elevarse entonces al Sol. ¿Es, pues, al astro radiante adonde se habrian dirigido finalmente todos los séres?

—En medio de sus solitarios bosques, en sus playas, aquí tal vez, contestó el historiador, contemplando nuestros antepasados el melancólico astro de la noche, veian preferentemente en él su paraíso próximo. Cuanto mas se comprendia la semejanza entre la Luna y la Tierra, mas la imaginacion se debia sentir satisfecha; mientras que en el Sol la naturaleza se muestra verdaderamente inabordable; y la poesía, de acuerdo en esto con nuestros mas cándidos instintos, preferirá siempre la imágen de un mundo análogo al nuestro, en el que tengamos todavía paisajes, bosques, fuentes, brisas y perfumes. Hé aquí lo que pintan siempre los bardos, inspirándose en la naturaleza terrestre. ¡Qué encanto no debia dar al cielo de la noche una tal creencia! La Luna era la morada, y por consiguiente la garantía de la inmortalidad. Así es que gozaba de todos los favores de la religion; por ella se regulaba el órden de todas las fiestas, se procuraba su presencia en todas las ceremonias, se invocaban, se aspiraban sus rayos. No en vano empuñaban

los druidas la hoz, de la misma figura que la Luna en creciente.

Estando enlazadas la astronomía y la teología con tan íntimas conexiones en el ánimo de los druidas, fácilmente se comprende que en sus colegios se llevasen á la par ambos estudios. Bajo ciertos aspectos se puede decir que los druidas no eran mas que astrónomos; cualidad que impresionó á los antiguos Galos, no menos que á los Caldeos. La observacion de los astros era una de sus funciones oficiales.

César dice, sin entrar en mas detalles, que enseñaban muchas cosas respecto *á la forma y á las dimensiones de la Tierra, la magnitud y disposiciones de varias partes del Cielo y el movimiento de los astros;* con lo que se comprenden todos los mas esenciales problemas geométricos celestes, los cuales solo el haberlos planteado era ya mucho. Reflexiónese si no, aunque no sea mas que en lo que supone este solo pasaje de Taliesino. «Yo preguntaré á los bardos, dice, en su canto del Mundo; yo les preguntaré, ¿y por qué no me habian de contestar? Yo les preguntaré ¿qué es lo que sostiene al mundo, por qué careciendo de pedestal no cae, qué camino es el que sigue? Pero ¿quién podria sostenerle? ¡Qué gran viajero es el mundo![1] Mientras que nunca deja de andar permanece tranquilo en su camino; y ¡qué admirable es la dis-

1 Este magnífico pasaje del antiguo bardo, basta para demostrar que los conocimientos de los druidas sobre los fenómenos materiales de los cielos, no eran inferiores á sus concepciones sobre los destinos del alma, y que tenian miras científicas de una muy distinta trascendencia que las de los griegos de Alejandría, de los Latinos, discípulos de los Griegos, y que las de la Edad Media. Una anécdota del siglo VIII suministra una prueba mas en favor de la ciencia de los druidas. Todo el mundo sabe que Virgile, obispo de Salzburgo, fué acusado de heregía por San Bonifacio ante el Papa Zacarías, por haber afirmado que existian antípodas. Virgile habia salido de aquellos sabios

posicion de ese camino, puesto que el mundo no se desvía de él en ninguna direccion!

¡Quién no siente latir, exclama con este motivo el autor de *l'Esprit de la Gaule*, en un magnífico estilo!; «¿quién no siente latir en esas palabras la misma corriente de que habia salido Pitágoras, y que reanimándose en el Renacimiento, debia producir á Copérnico, á Galileo, á Kepler y á todos los exploradores modernos del mundo sideral? Llamas sagradas que os llevábais á nuestros padres al seno de las misteriosas moradas que ellos veian flotar en el espacio y que tan pronto derribó la mano fatal de Roma, ¿nuestra raza, al volver á tomar posesion de sí misma, no os verá reaparecer, ni nuestros poetas sabrán encontrar, alumbrados por vuestros rayos, el poder de hacernos todavía viajar mas allá de los horizontes de esta Tierra, que á medida que se definen, se hacen tan pobres y tan limitados? Esperemos que sí: que si los tesoros de esta antigua poesía han desaparecido con las voces que la cantaban, nos queda para volver á animar los desiertos del Cielo, con los secretos impulsos de la sangre de nuestros abuelos, el recuerdo de su fé en una vida sin fin.»

monasterios de Irlanda, llenos de bardos cristianos, que habian conservado las tradiciones científicas del druidismo. Un personaje histórico, que una tradicion materialmente errónea hace discípulo de Pitágoras, Numa Pompilio, podria ser contado con mas verosimilitud entre los druidas que no en la escuela de Pitágoras, no bajo el aspecto científico, sino bajo el religioso. A partir de Numa, refiere Plutarco, durante ciento setenta años no hubo imágenes en los templos de Roma. Esta falta de ídolos y las doctrinas *pitagóricas* atribuidas á Numa, tienen una explicacion muy satisfactoria, á saber: que Numa representa en la Roma primitiva un elemento semi-galo, como Rómulo y Tulio representan el elemento latino, y los Tarquinos el elemento etrusco. Los montañeses de la Sabina estaban en contacto y relacion continua con los Galos de la Ombria.—(HENRI MARTIN, *Historia de Francia.*)

La alianza fundamental de la doctrina de la pluralidad de los mundos con la de la eternidad de las almas, debe ser para nosotros el carácter mas memorable de la idea de nuestros antepasados. La muerte terrenal no era para ellos mas que un fenómeno fisiológico y astronómico, no mas grave para el que le experimentaba que un eclipse de Luna para el astro de la noche, ó que la caida del verde trage de la encina al soplo del viento del otoño. Se ve estas concepciones y estas costumbres, á primera vista tan extraordinarias, revestirse de un aspecto sencillo y natural. Estaban los Galos de tal modo convencidos de la vida futura en los astros, que llegaban hasta *á prestarse dinero reembolsable en el otro mundo!*

—¡Calla! exclamó el diputado, hé ahí una costumbre que no se arraigaria entre los Galos de hoy.

—Tambien habia chocado mucho á los otros pueblos, y debia sin duda causar entre los que la practicaban diariamente una impresion mucho mas profunda todavía. «Las liquidaciones, nos dice lacónicamente Pomponio Mela, y aun el reembolso de los créditos, se pactaba para en los infiernos.» Valerio Máximo nos atestigua lo mismo: «Despues de dejar á Marsella, nos dice, he hallado en vigor esta antigua costumbre de los Galos, que establecieron, como es sabido, el prestarse mútuamente dinero á devolver en los infiernos, pues están persuadidos de que las almas de los hombres son inmortales.»

No se perdia al pasar al otro mundo, ni la personalidad, ni la memoria, ni los amigos: allá se encontraban otra vez negocios, leyes, magistrados, se hacia uso de los capitales, y en una palabra, de toda la economía de nuestras sociedades. Se daban citas, como

pudieran hoy los emigrantes europeos citarse en América; y esta misma supersticion, tan laudable por la firmeza con que imprimia en los ánimos el sentimiento de la inmortalidad, les llevaba á quemar con el muerto todos los objetos que habia querido durante la vida, y de que se creia que gustaria servirse aún. «Los Galos, dice Pomponio Mela, queman y entierran con los muertos lo que seria bueno para los vivos.»

Otra costumbre tenian, inspirada por el mismo espíritu, pero todavía mas tierna: cuando alguno se despedia de la Tierra, todos se apresuraban á llevarle *carta para los amigos* ausentes que iban á recibirle á su llegada y sin duda á aturdirle á preguntas sobre las cosas de aquí abajo. Diodoro es quien nos ha conservado este rasgo precioso. «En los funerales depositan, dice, cartas escritas por sur parientes, para que las lean los muertos.» Seguian con los ojos de la imaginacion al alma del difunto en su viaje por otros planetas, y aun muchas veces quedaban los vivos con gran sentimiento de no poder hacer el viaje en compañía del difunto! Todavía añadiré que muchos no podian resistir á la tentacion. «Los hay, dice Mela, que se hacen quemar con sus amigos para continuar viviendo juntos.»

—Decididamente, interrumpió de nuevo el diputado, los Galos eran hombres bien extraños, y lo único que siento es no haber vivido en su tiempo.

—Mas nada prueba, respondió el historiador, que no hayan vivido ya otra vez en la tierra cuatro ó cinco mil años atrás: tal vez fuísteis uno de los héroes cantados por Ossian. Mac Pherson podria informarnos. Como quiera que sea, y á fin de permanecer en los límites de nuestras atribuciones, puedo añadir que ese sorteo que

hace pasar por casualidad (en la apariencia), mas pronto á unos que á otros de esta vida á la otra, la muerte, aparecia tambien al espíritu de los Galos como una especie de *quinta* ó reclutamiento prescrito por las leyes del universo para sostener el ejército de las vidas; y aun en ciertos casos se valía uno de la sustitucion. Posidonio, que habia visitado la Galia cuando todavía estaba fuerte, y que la conocia mejor que César, nos ha dejado, respecto á esto, curiosos informes. Sentíase un hombre formalmente avisado por la enfermedad, de que estuviese dispuesto para un próximo viaje; pero tenia por de pronto pendientes asuntos importantes; ó las necesidades de su familia le encadenaban á la vida; ó le era desagradable el morirse; si ningun individuo de su familia ó de su clientela estaba en disposicion de ofrecerse por él, hacia que le buscasen un sustituto, y muy pronto llegaba este acompañado de una porcion de amigos, y estipulando como precio de su molestia una cierta cantidad de dinero; la distribuia por sí mismo, como recuerdo de amistad, entre los suyos, contentándose á veces con un tonel de vino: se arreglaba un estrado, se improvisaba una especie de fiesta, y terminado el banquete, se recostaba nuestro héroe sobre su escudo, y haciéndose atravesar el pecho con una espada, partia....

—¡Para el otro mundo!... dijo la marquesa con un gesto de espanto. Y se encontraban sacrificadores para ejecutar tales horrores!

—Ese no era asunto grave: ante el abismo de la muerte, que espanta á tantas imaginaciones tímidas, los Galos, sabiendo que no se trataba mas que de una zanja, saltaban sonriendo al otro lado.

—Podeis, señor historiador, replicó la marquesa, hablar á vuestro gusto sobre esas cosas; pero reflexionando un poco, convendreis

en que no es dificil señalar los inconvenientes de esa facilidad en dar y recibir la muerte: los suicidios, las inmolaciones voluntarias, el abuso de los desafios y de las guerras civiles....

—Preciso es confesar, observó el capitan de fragata, que esas costumbres hacian un raro contraste con el estado de civilizacion que nos pintábais ahora mismo, y que en tal concepto nuestros padres se parecian bastante á ciertos pueblos salvajes que he tenido ocasion de visitar en Africa, entre los que está muy lejos de ser estimada la vida humana en lo que vale.

—Pero hay una gran diferencia, añadió el ministro, pues entre los Galos el desprecio de la muerte tenia por causa su creencia en la inmortalidad. ¿No tenian, si no recuerdo mal, la costumbre de celebrar todos los años el símbolo del renacimiento del mundo en la noche del 1º de Noviembre, noche llena de misterios, que el druidismo legó al cristianismo, y que nos anuncia todavía hoy el companeo de los muertos?

—Cada gran region del mundo galo-kimrico, contestó el historiador, tenia un antro, un *medio* (centro) sagrado, al cual iban á parar todas las partes del territorio asignado, y en el cual se ha creido reconocer un símbolo del Sol, centro del sistema planetario. En este centro ardia un fuego perpetuo que se llamaba el *padre-fuego*. Las tradiciones irlandesas cuentan que en la noche del 1º de Noviembre los druidas se reunian en derredor y le apagaban; á esta señal se apagaban poco á poco todos los fuegos de la isla, y por todas partes reinaba un silencio sepulcral: la naturaleza toda parecia sumida en una noche primitiva.

A la misma doctrina se refiere sin duda un rito terrible de las sacerdotisas druidas del Loira. Las druidas *nunnetas* (de Nantes)